

# Hacia la Venezuela post-populista

## ¿Tiene futuro nuestra democracia?

Arturo Sosa A.

- \* **Ya no existe la "Venezuela de todos" ni el camino rentístico-populista para pasar de la sociedad agrario-caudillista a la capitalista-democrática.**
- \* **El futuro de nuestra democracia depende de la capacidad de establecer unas relaciones políticas que no signifiquen un retroceso en las condiciones de vida de la gente por la desaparición de la abundancia rentística y el agotamiento del populismo.**
- \* **La democracia venezolana puede desarrollarse en dos direcciones: su privatización o su popularización.**
- \* **La puesta en práctica del modelo privatizador puede significar una efectiva reducción de la democracia que hemos experimentado.**
- \* **Los planteamientos de profundización de la democracia llevan necesariamente hacia su popularización.**

Desde el punto de vista político nos encontramos en un momento de transición. El sistema populista de partidos ya no corresponde como en sus inicios a la realidad económico-social del país. Una transición política, por tanto, íntimamente ligada a la transición económica hacia una Venezuela post-rentista (cfr. ESPINASA-MOMMER, "De una a otra Venezuela" SIC Nº 500, diciembre 1987, pags. 477-481).

Por eso vivimos una situación en la que se están gestando proyectos políticos hacia el futuro. Por la inercia misma de las cosas o deliberadamente, se están poniendo unas bases de lo que va a ser la Venezuela post-rentista y post-populista. Al igual que en los inicios de la modernización capitalista-rentística los dos focos principales de tensión son el Estado, principal aparato de poder, y el sujeto político hegemónico.

Una diferencia con la situación aludida del comienzo de la modernización es la inexistencia de un horizonte común aglutinador de los diversos intereses sociales. Ya no existe la "Venezuela de todos" ni el camino rentístico-populista para pasar de las relaciones propias de la sociedad agraria-caudillista a la capitalista-democrática.

Otra diferencia es la relativa ausencia de un debate público nacional alrededor de los proyectos políticos en gestación. Debate que obligaría a los sujetos de esos proyectos a actuar coherentemente como tales y plantear la lucha por el poder político y por la construcción del futuro en términos menos ambiguos de los que estamos observando.

### EL PUNTO DE PARTIDA AL QUE HEMOS LLEGADO

Para la dirigencia política y económica venezolana la reducción o eventual desaparición de la renta petrolera se veía como algo angustioso, aunque lejano. El camino emprendido (populismo rentista) había permitido la transición pacífica al capitalismo de manera tal que todos los sectores sociales experimentaron una mejora real. El costo más alto de esta opción fue

la dependencia de la renta petrolera para el funcionamiento cotidiano del Estado y del conjunto de la sociedad. Sin embargo, el golpe producido por la acelerada reducción (relativa y absoluta) de la renta petrolera ha sido encajado por la economía nacional, es decir, su solidez se ha demostrado superior a las expectativas comunes. De igual manera, el sistema político está sufriendo un impacto que pone a prueba sus raíces en los venezolanos más allá de las apariencias y estridencias. El futuro de nuestra democracia depende, por tanto, de cómo se asimile y reaccione frente a este impacto.

En Venezuela hemos tenido la experiencia de un capitalismo popular, es decir, la posibilidad de financiar a través de la renta petrolera, en lugar de la explotación directa de la fuerza de trabajo y de la pesada carga impositiva sobre las ganancias de los propietarios de los medios de producción, el gasto social del Estado generador inmediato del mejoramiento global de las condiciones de vida de la población. Los recursos rentísticos evitaron la contradicción entre el gasto social productor de beneficios inmediatos a la gente y la inversión para la creación de un mercado capitalista, junto con la industria para alimentarlo. Sobre esta base ha funcionado una democracia policlasista, un sistema político cuya característica fundamental es la conciliación de un amplísimo espectro de intereses que han ido surgiendo a causa del propio proceso modernizador. De esta manera, la experiencia de los venezolanos ha sido de crecimiento en sus niveles de vida en un clima de amplitud política.

El carácter populista del sistema de partidos venezolano ha sido la manera efectiva de evitar la absoluta apropiación de la renta petrolera por parte del sector privado capitalista. La actuación populista del binomio partidos-Estado ha sido el más efectivo mecanismo de distribución de los ingresos y de la participación política durante la gestación de unas relaciones de producción cuya tendencia natural lleva a la concentración cuasi-monopólica de los recursos. El futuro de nuestra democracia depende, entonces, de la capa-

cidad de la sociedad venezolana de establecer unas relaciones políticas que no signifiquen un retroceso en las condiciones de vida por la desaparición (relativa) de la abundancia rentística y el agotamiento del sistema populista. ¿Será capaz la sociedad venezolana de mantener los rasgos positivos del capitalismo popular experimentado? ¿Será capaz de convertir las relaciones políticas populistas en una participación organizada del pueblo en la toma de decisiones del Estado (democracia)?

En las actuales condiciones no está planteado un golpe de Estado derechista ni militar (a pesar de la tensa y mal manejada situación de la zona fronteriza venezolano-colombiana): Tampoco es previsible un cambio revolucionario. Ni una ni otra alternativa existen más allá del ejercicio lógico pues carecen de bases sociales y fuerzas políticas con suficiente poder que las postulen y, sobretudo, que las hagan posibles.

El desarrollo en el inmediato futuro de nuestra democracia tiene que ver con una de sus principales características históricas: la lucha política por la apropiación de la renta petrolera. Como ninguno de los actores sociales modernos ha sido el productor de la riqueza que ha hecho posible el crecimiento económico nacional, la distribución que ha venido haciendo el Estado (exclusivo receptor) de la creciente renta petrolera ha sido a base de decisiones políticas. De allí que no haya funcionado el mecanismo que permite que la iniciativa privada del capitalista individual revierta en beneficio social por la competencia que obliga a la eficiencia productiva de cada productor, sino que se reúne una permanente tensión para apropiarse de la mayor tajada rentista sin contraprestación alguna que pueda compensar socialmente el beneficio individual adquirido. Para hacerse, además, con una buena tajada de renta no hace falta saber producir o saber hacer rendir los recursos escasos sino "saber ponerse donde hay".

La historia del capitalismo rentístico llega a su capítulo final con la apropiación por parte del sector privado de la renta petrolera futura del Estado mediante el paradójico endeudamiento público a beneficio de la acumulación privada. Con esto se abre, también, el capítulo final del populismo: la lucha por la privatización de la democracia.

## DEMOCRACIA PRIVATIZADA

A las inmediatas la democracia venezolana puede desarrollarse en dos direc-

ciones: la del mayor control por parte de los sectores privados convertidos en referencia hegemónica de la política económica o la de la constitución de una red pluralista de relaciones políticas que logre la participación efectiva de los complejos y variados intereses surgidos con la sociedad moderna en la toma de decisiones del Estado y en la elección y orientación del gobierno. Ambas direcciones pueden seguirse mediante fórmulas distintas de acuerdo a las relaciones que se establezcan entre los actores del sistema político.

La primera de las direcciones señaladas nos llevaría hacia una democracia de-la-burguesía. Significaría una tendencia a la concentración del poder derivada de la hegemonía de una concepción de la política económica que pretende instaurar en Venezuela un auténtico "capitalismo maduro", cuyo criterio de "desarrollo" sería la competitividad de nuestros productos en el mercado internacional y, por consiguiente, nuestra capacidad de producir para exportar. Los voceros ideológicos de esta corriente fustigan al carácter populista del Estado y sistema político venezolano. El populismo es asociado exclusivamente a su desviación demagógica y clientelista (presunta responsable de la corrupción). Al Estado se le echa en cara su intervencionismo omnipresente que ha sido causa del entramamiento de la tendencia expansiva de la iniciativa privada y principal responsable de no haber puesto en práctica la libertad económica prevista en las "garantías económicas" de la Constitución de 1961. Las principales expresiones de estos males son la supuestamente excesiva concentración del poder político en manos de la Presidencia de la República, el consiguiente centralismo y, finalmente, el paternalismo ejercido por los partidos políticos. Se propone como alternativa, entonces, la consecuencia con los postulados de una democracia liberal fundada en el libre intercambio entre iguales, eficazmente salvaguardada por la legalidad "respetada por todos", generando así un clima de "confianza".

Conseguida la relativa autonomía económica respecto del Estado se trata de arrebatarle ahora su posible carácter socializador de los recursos provenientes de la renta petrolera (que sigue siendo cuantitativamente significativa), de sus propias actividades productivas (industrias básicas, servicios... etc.) y de la recaudación de impuestos a la actividad económica privada. Por eso las propuestas de reforma que surgen de esa posición son primordialmente políticas: perfeccionamiento del sistema electoral, despartidización

del gobierno, del Estado, de los gremios, sindicatos y demás organizaciones sociales, además de desarrollar una "educación política" centrada en el conocimiento y manejo adecuado de la legalidad burguesa.

Para el sector privado promotor de esta corriente el mayor costo sería pasar de ser protegido por el Estado mediante la privatización sostenida de los recursos públicos, y poder desarrollar sus actividades productivas sin pagar impuestos, elevando así sustancialmente su tasa de ganancia, a verse obligado a sustentar las actividades sociales del Estado mediante la erogación impositiva correspondiente al grado de desarrollo socialmente alcanzado. Así el sector privado tendría que pagar el costo real de los servicios que hasta ahora el Estado ha financiado y subsidiado, además de contribuir sustancialmente a sostener otros servicios sociales característicos de las sociedades capitalistas desarrolladas como la educación masiva, la atención médica y sanitaria, programas de desarrollo comunal... y el sin número de actividades que el facilismo característico de nuestra Venezuela rentista ha permitido a los diversos sectores sociales colocar sobre los hombros del Estado.

Un costo de orden sociopolítico, consecuencia de este modo de entender el desarrollo democrático, es la agudización de las contradicciones sociales con su posible secuela de conflictos. El capitalismo "maduro" que se pretende establecer en una sociedad con las desigualdades reales existentes en el país, bajo la hegemonía política del sector privado, provocará reacciones inevitables en otros sectores sociales. El tan criticado (desde esta perspectiva) "populismo" y "estatismo" han hecho posible el disfrute por parte de los más diversos sectores de alguna parte de los beneficios económicos del desarrollo. Al tener que ser "pagados" ahora por el sector privado, la tendencia obvia será a su desaparición o sustancial reducción, con la inmediata consecuencia del descenso en la calidad de vida de los grupos sociales más empobrecidos. Ya se ha experimentado una baja considerable del poder adquisitivo del salario (no menos del 40%) que tiende a acentuarse en el año que comienza, es notorio y comúnmente conocido (hasta reconocido por el Estado) el deterioro de los servicios públicos y las restricciones tajantes de los recursos destinados a paliar la situación de los más necesitados. La puesta en práctica del modelo impulsado por esta corriente acentuaría esa tendencia y agudizaría las dife-

rencias sociales existentes en el país.

De aquí surge la pregunta sobre la posibilidad de subsistencia, entonces, de la democracia como forma política, más aún, de una mayor y mejor democracia. La experiencia venezolana ha demostrado que la democracia no depende de tener mejores formas legales o institucionales sino de una mejor distribución de la riqueza y del poder, es decir, de condiciones de vida en ascenso y de posibilidades reales de participación en la toma de decisiones políticas. Si esta orientación privatizadora de la democracia no encuentra la manera de resolver este dilema se verá empujada irremediablemente hacia formas de control social más o menos abiertamente represivas. La consecuencia de una puesta en práctica de este modelo puede significar una efectiva reducción de la democracia no sólo ideal, sino de la que hoy nos sirve como referencia experimentada y como punto de partida.

## DEMOCRACIA DEL PUEBLO

Deberíamos poder simplemente hablar de "democracia" sin más adjetivos. Sin embargo, como lo que conocemos por democracia es este sistema populista de partidos y corrientes ideológicas divergentes se empeñan en llamar democracia a sus propuestas no nos queda más remedio que apellidarla con su mismo nombre.

El presupuesto de esta posible dirección del desarrollo democrático venezolano es que se conserve (y aumente) la dimensión "popular" del capitalismo instaurado a expensas de la renta petrolera. En la práctica esto significa mantener los niveles de vida alcanzados o al menos no continuar el deterioro ya experimentado. El financiamiento de esos niveles de vida, al no poder provenir ya de la renta petrolera, tendrá que surgir de las propias relaciones de producción. Esto requiere diseñar un modelo de producción y distribución de bienes cuya prioridad sea el desarrollo nacional, el aumento de la demanda interna de consumo, mejorar la capacidad de abastecer ese mercado y la capacidad de compra de los consumidores. Implica por tanto generar empleo junto a una política salarial que tenga como norte no sólo conservar el poder adquisitivo, sino nivelar la distribución social de la riqueza producida. Se requiere, también, una producción para la exportación pero limitada a aquellas áreas y productos en los que nuestra economía puede ser competitiva por sus condiciones específicas (recursos naturales, situación, ventajas relativas...)

y no a costa de la explotación de los trabajadores o del empobrecimiento de la mayoría de la población.

Sobre esta base se puede entonces superar el populismo como forma política de nuestra democracia. No porque el populismo sea intrínsecamente perverso y moralmente malo, sino porque ya ha cumplido su función que por definición es transitoria y limitada a la transición de la sociedad agrario-caudillista a la industrial-democrática. Superar el populismo significa trasladar la iniciativa política a la sociedad civil organizada, o sea, al pueblo organizado. La característica histórica de nuestro populismo ha sido que los partidos han tenido la iniciativa política y han conformado un Estado paternalista y dispensador de favores mediatizando así la iniciativa social en general y popular en particular. La principal transformación política consiste, entonces, en el paso de esa iniciativa a la propia sociedad.

La existencia de una sociedad moderna, conformada por una pluralidad de grupos e intereses, dotada de personas, organizaciones e instituciones con capacidades y alguna experiencia es lo que permite pensar con fundamento en la posibilidad de lograr esa superación del populismo hacia una democracia del pueblo.

El paso que habría que dar es el de la programación política de unas relaciones sociales participativas que establezcan una compleja red de intercomunicación social y los canales para que la pluralidad social se exprese y sus demandas formen parte del proceso de toma de decisiones del Estado y del gobierno.

La mayor debilidad de esta corriente es la ausencia de una teoría sociopolítica de la democracia venezolana que pueda servir de fundamento consistente para convertirla en un proyecto político con capacidad de disputarle la hegemonía a la orientación privatizadora de la democracia venezolana.

La mayor urgencia, pues, de esta corriente es poner a la discusión colectiva programas factibles de desarrollo económico y político en la dirección señalada capaces de aglutinar fuerzas sociales que constituyan un poder político con posibilidades de triunfar. Para esta corriente el bajar de las formulaciones utópicas y generales al proyecto político y los programas de acción es una necesidad de supervivencia social.

Los planteamientos de profundización de la democracia a partir de lo que ha sido la experiencia propia de Venezuela encuentran en esta corriente auténticas posibilidades de realización. La tarea comienza por su formulación —aunque sea provisional— y su puesta sobre la mesa de las decisiones sociales. Desde ésta perspectiva pueden hacerse proposiciones de reforma social más que del Estado y promoverse transformaciones de fondo.

Los retos que estas posibles direcciones del desarrollo de nuestra democracia ponen a los actuales partidos políticos y al Estado serán objeto de un próximo artículo. Nuestra democracia tiene el futuro que empezamos a realizar desde este momento de transición, más o menos consciente, hacia la Venezuela post-populista.

